

La pelela de Gombrowicz

Pau Freixa Terradas

Universitat de Barcelona

En junio pasado fallecía en Buenos Aires Rosa María Brenca, esposa y luego viuda de Alejandro Rússovich, el mejor amigo de Witold Gombrowicz durante gran parte de los años que el escritor polaco pasó en la Argentina. Como mujer de Alejandro también ella frecuentó durante años al autor de *Ferdydurke*, con quien mantuvo una relación asidua, intensa, aunque no exenta de ciertos sinsabores. Fue ella, que entonces trabajaba en la editorial EAM, quien hizo las copias a máquina de la versión francesa de *El Casamiento* que recibirían Gide y Camus. En aquella ocasión Gombrowicz le habría dicho a Rosa María: “Querida señorita, es usted afortunada. Va usted a transcribir una obra destinada a ser famosa, y gracias a ella también usted se hará famosa”. Rosa María obviamente tomó a broma la humorada. Lo realmente importante del episodio es que allí conocería a Alejandro, cotraductor de la obra al español, y quien para aquel entonces empezaba a distanciarse del escritor polaco. Pasados unos años, Rosa María y Alejandro se casarían.

Con el fallecimiento de Rosa María, desaparece también uno de los últimos vínculos que nos quedaban con el Witoldo, con el Gombrowicz argentino. En esa calidad la conocí yo y, aunque pasamos horas charlando de los tiempos pasados, la literatura y los encuentros con aquel extravagante polaco que directa o indirectamente tanto marcó su vida, nuestra amistad fue creciendo hasta dejar todo aquello atrás para centrarse en sí misma. Fue una amistad transoceánica, de poca frecuentación, pero de mucho cariño —creo— mutuo. Fue una amistad con cincuenta años de diferencia de edad para ir rellenando a base de cartas y luego días de conversación principalmente en su departamento, con empanadas tucumanas y siempre nuevas sorpresas para ese joven investigador que yo era.

Nos conocimos en 2004. Yo andaba por Buenos Aires recabando materiales para mi tesis doctoral sobre la recepción de Gombrowicz en la Argentina. Alguien me pasó el contacto, el más esencial de los que yo precisaba, de

Alejandro Rússovich. Lo llamé y allá estaban los dos a las pocas horas, esperándome en su departamento del barrio de Caballito, el mismo que acogiera tantos encuentros de Gombrowicz con la familia Rússovich en los años 50. Charlamos, charlamos mucho. Alejandro iba sacando papeles, los célebres retratos de Mariano Betelú, libros de filosofía subrayados y anotados por el polaco... Entre los muchos materiales que me llevé de aquellos encuentros recordaré aquí unas fotocopias hechas directamente del original del panfleto auto-editado *Aurora*, la furibunda respuesta de Gombrowicz al silencio de *Sur* tras la publicación de la traducción argentina de *Ferdydurke*, en la que por cierto también había participado Alejandro. Medio siglo después de todo aquello, el viejo filósofo me hablaba del español del Witoldo, de la modulación de su voz, revivía el poliédrico carácter de su lejano amigo. Frase a frase se desmoronaban tópicos, surgía una vívida —vívida— imagen. Surgió también una inesperada amistad entre nosotros.

En aquella primera ocasión también me mostraron, con una sonrisa de complicidad en los labios, la famosa pelela de Gombrowicz. Un momento. Digo: “la famosa pelela...”, pero ¿acaso es tan famosa esa pelela de Gombrowicz en la Argentina? ¿No será más bien célebre apenas en la imaginación de un puñado de fanáticos *ferdydurkistas*, estudiosos u otros iniciados en la obra del polaco? Para mí es sin duda un objeto especial, su presencia acompaña mis estudios sobre Gombrowicz en la Argentina. Y en Polonia, mi labor como filólogo polaco quizás sea más recordada —como algún jocosos colega ha bromeado— como rescatador de la pelela de Gombrowicz que como autor de ya no pocos trabajos sobre su obra. Se impone la broma fácil: ¿hasta dónde puede llegar la obsesión del investigador por su autor de estudio? Pero, ¡atención!: la de Gombrowicz no es una pelela cualquiera. No es que el orinal de Gombrowicz venga a ser para la literatura polaca lo que el urinario de Duchamp para la historia del arte (¡ese sí es célebre!). Y no obstante, ese objeto ordinario, casi ridículo, representa como pocos la obra del polaco y su paso por la Argentina.

Así pues, me mostraron la pelela. Entonces yo ya había oído hablar de ella. Gombrowicz se la había regalado a su ahijado Adrián, primogénito de los Rússovich, el día de su bautizo. La guardaban envuelta en una bolsa de plástico, encima del armario de la habitación conyugal. Ahí Rosa María se arranca a contar lo mucho que sufrió aquel día, temiendo alguna salida de tono o provocación del polaco en la iglesia. Afortunadamente la provocación

fue precisamente aquella divertida “escupidera”. Nada más. La ceremonia fue perfecto.

Escribo acá escupidera porque de tal modo la llamaba la familia Rúsovich. No tan avezado al habla rioplatense, durante años pensé que así era como los argentinos llamaban a lo que en España se suele denominar simplemente orinal. Pero en realidad el objeto en cuestión es más bien una pelela infantil. Aunque, pensándolo bien, un bebé recién nacido difícilmente podría usarla. ¿Cuál era entonces su verdadera función?

Corría el año 1957 cuando nació Adrián. Como ya he dicho, sus padres se habían conocido en la editorial EAM, en 1950, por mediación de Gombrowicz. Entonces Alejandro aún vivía con Witold en el número 615 de la calle Venezuela. Cuando en 1953 la pareja se casó, eso significó una ruptura en principio definitiva para Gombrowicz, que le envió una durísima e inapelable carta de despedida a su amigo. No obstante, cuando nació su primogénito, Alejandro le pidió a Witold que fuera su padrino.

Es posible que la motivación primera de aquel regalo de bautizo fuera económica. Pero más allá del hecho de que Gombrowicz no tuviera que invertir en aquella pelela esmaltada más que unos cuantos pesos, en la idea de Gombrowicz la pieza iba a alcanzar un valor muy superior: un valor sentimental. Y es que la pelela en sí, que supuestamente debía usar su ahijado Adrián, en realidad iba destinada al padre del niño. Gombrowicz mandó decorarla a su amigo el pintor Janusz Eichler. Durante años hubo cierta confusión sobre la autoría de los dibujos que aparecen en la pelela, ya que Gombrowicz tenía en aquella época dos amigos pintores muy cercanos (los dos acabarían siendo, por cierto, bastante cotizados), así que en varios textos aparece Zygmunt Grocholski como ejecutor de la pelela pintada. No, Grocholski le prestaba el departamento a Gombrowicz para sus correrías eróticas de fin de semana, pero la pelela la pintó Eichler, como demuestra el testimonio del propio pintor que aparece —aunque desgraciadamente muy recortado— en el documental *Carta de Argentina* de Grzegorz Pacek.

La ocurrencia de convertir un orinal en una obra de arte, lo que este que nos ocupa es en todo rigor, es ya de por sí una idea genuinamente gombrowicziana. Lo inferior muestra su reverso y contiene lo superior. Lo escatológico convertido en arte. En *Ferdydurke* las partes del cuerpo que simbolizan cosas nobles (corazón, cerebro...), son sustituidas por partes “vulgares” igualmente simbólicas (facha, culo...): Gombrowicz crea sus propios símbolos, su uni-

verso mítico, y lo funda en lo bajo. Culitos, culeítos, cuculeítos se multiplican hasta crear un mantra trascendental. En *Trans-Atlántico* el erotismo prohibido de Gonzalo, el Puto, al final resulta ser la *filiastría* salvadora, la liberación del asfixiante peso de la patria. Una escupidera como recuerdo para toda una vida, como prenda de una relación rota.

Gombrowicz pide a Eichlar pintar al acrílico un motivo que represente cada una de sus obras a lo largo del lateral beige de la pelela. Cada ilustración viene encabezada por el título de la obra en castellano: Están los *Cuentos*, representados por una pareja discutiendo, el drama de lo interhumano; *Ivona*, con un escote que bizarramente deja sus pechos al descubierto; un trasero al descubierto, lo que solemos llamar un calvo, un cucu, simboliza *Ferdydurke*, vemos una figura humana desnuda, agachada, con la cabeza entre las piernas, vista por detrás; una gran fragata para *Trans-Atlántico*; *El Casamiento* viene con el subtítulo “Trad. Al. Rússovich” y otra princesita, esta con antifaz; bajo la inscripción *El Diario*, un retrato del autor con el dedo índice en alto. Entre su primera y última obra, un escudo con un signo llamado *Kościęsza*, típico de la nobleza polaca, el heraldo de la familia Gombrowicz. Toda la obra de Witold Gombrowicz condensada en una pelela como recuerdo para su antiguo amigo. ¿Acaso una compensación a la dura carta de separación que le enviara un par de años antes? Aunque sus propietarios aseguraban que nunca se usó, hoy en día ya no se aprecia el ojo que por lo que dicen había pintado en el fondo de la pelela. Otra *boutade*, más y más cuculantros.

Pasaron los años y la pelela quedó allí, donde siempre había estado, envuelta en su bolsa de plástico encima del alto armario de la pieza. De vez en cuando se acercaba a Caballito alguien de Polonia preguntando por Gombrowicz. Entonces ellos la mostraban para admiración del ocasional visitante. Sacaban fotos que luego circulaban por caminos casi secretos. En 2013 hasta se exhibió, junto a otros objetos, en la sala Juan L. Ortiz de Buenos Aires. Miguel Grinberg, antiguo conocido de Gombrowicz y organizador de la exposición, destacaba la “escupidera” como “un momento singular del espíritu jocosos de Gombrowicz” y tomaba prestado un fragmento del prólogo de Susan Sontag para la edición norteamericana de *Ferdydurke* que le pegaba al dedillo: “Extravagante, brillante, perturbadora, valiente, divertida, maravillosa... ¡Viva su burla sublime!”.

Un par de años después de aquellos primeros encuentros, yo y mi colega Bożena Zaboklicka les organizamos una pequeña gira catalana a los Rússovich. Ya ni me acuerdo cómo conseguimos arreglar todo, eran los buenos años. Alejandro dio una memorable charla en la Universidad de Barcelona, y luego pasamos una semana en el norte de Cataluña. Aunque eran ya mayores, aún estaban en forma. Lo sé porque los alojé en la primera planta de la *masía* familiar, con lo que tenían que bajar los peldaños de piedra de dos palmos de la antigua escalera para ir al baño por la noche. Vos, cómo lo cuidabas, Rosa María: “Ponete el *blushin*, Alejandro”. Aquel “blue jean” argentino con la j inglesa arrastrada, la cazadora vaquera de aquel simpático joven de ochenta años, sonaba muy divertido en nuestros lares. Para mí resultaba casi inaudito que un matrimonio pudiera quererse tanto pasadas las décadas, que pudieran tratarse con aquella dulzura de enamorados, yo quería participar de aquello. Paseando junto al lago de Banyoles con mi familia, incluido el pequeño Njundu, que había llegado de Gambia hacía poco tiempo, Alejandro nos ilustraba: “Ya lo decía Macedonio Fernández, ¡no hay nada más peligroso que niño con largo pelo!”. Visitamos el barrio gótico de Girona, nos comimos un arroz marinero en Cadaqués evocando a Dalí.

En 2014 volví a Buenos Aires, iba a participar, pletórico de emoción, en el flamante primer Congreso Gombrowicz. Por aquel entonces Alejandro estaba ya muy mal, moriría poco después. Rosa María fue una de las invitadas de honor al evento. Allí nos encontramos y concertamos una cita para que yo la visitara en su casa. “¡Ah, pero el despacho de Alejandro está hecho un desastre, todos sus papeles revueltos!”, me comentó. “No te preocupes, yo te ayudaré a poner orden”, contesté de inmediato. No tengo reparo alguno en reconocer aquí mi pericia. Yo era perfectamente consciente de los tesoros para la filología polaca que escondía aquella pequeña pieza porteña. Los dos días que pasamos removiendo papeles, con la ayuda también de Nicolás Hochman, los recuerdo como una de las grandes aventuras que me ha sido dado vivir. Aparecieron muchas cosas, ya lo creo. El mecanuscrito original de la autotraducción al castellano de *El casamiento*, con anotaciones del autor. Fotografías con y sin dedicatoria. En una de ellas se ve a Gombrowicz posando junto a Rosa María, Alejandro y su hermano Sergio (quien murió joven en un accidente, y a quien Gombrowicz tenía un gran apego) delante de la Casa Rosada; la dedicatoria, juguetona, firmada por W. G., reza: “A Rosa María, adorno de parques y jardines”. Apareció también una postal de Berlín con

unos bloques de apartamentos: un agujero hecho a punzón en la ventana de uno de ellos marca el departamento donde residía el escritor a su regreso a Europa. Y luego cartas, seis hermosas cartas de Gombrowicz dirigidas al matrimonio Rússovich que Rosa María me ordenó leer en voz alta mientras ella fijaba la mirada en alguna parte hacia arriba.

Y una aventura llevó a otra. Apercebido de los valiosos materiales que habíamos encontrado, el Museo Gombrowicz de Wsola se puso en contacto con ella e iniciaron los trámites de compra y traspaso de papeles, fotos y objetos. A mí y a la señora Szczepanek del Museo de la Literatura de Varsovia nos tocó viajar a Buenos Aires para catalogar y llevarnos todo para Polonia. Un viaje de tres días al verano austral. Mi primer verano austral, pues mi Buenos Aires está hecho de frío, sol y nubes de invierno, y olor a querosene. Un caluroso verano austral de tres días como una isla en medio del invierno polaco: al salir, la temperatura en el aeropuerto de Varsovia era de 19 grados bajo cero. En todo momento mi felicidad aquellos tres días estuvo teñida de cierto remordimiento por el “sacrilegio” que íbamos a perpetrar. Yo lo viví casi como una traición personal que les hacía a mis amigos. Lo hablé con la familia Rússovich y ellos me tranquilizaron. Es lo que tiene la buena gente. Aquellos días paraban en Buenos Aires Adrián y su hijo pequeño, con quienes fuimos a tomar unos deliciosos helados argentinos. Rosa María ya estaba muy debilitada, aquellos fueron los últimos días que conversamos en condiciones. Y de nuevo, allí estaba la pelela, nuestra joya de la corona. El mismo Adrián, medio azorado, la bajó definitivamente, por última vez, del armario. Ni yo ni la señora Szczepanek teníamos la menor idea de cómo se hacía aquello de transportar un objeto destinado a ser exhibido en una vitrina de museo. Metimos la pelela en una caja de cartón, envuelta previamente en decenas de bolsas de plástico que conseguimos en un súper cercano. En el aeropuerto un agente de aduanas me preguntó: “¿Qué llevan en la caja?”. Yo vacilé unos instantes y respondí: “Una escupidera”. El tipo me miró con cara rara y dijo: “Pasen”.

En el Museo de la Literatura, en Varsovia, nos recibieron como a héroes. Dos años después —que ese tanto duró la catalogación y diseño del nuevo espacio museístico—, me invitaban a Wsola, al palacete modernista perteneciente a Jerzy Gombrowicz que hoy alberga el museo dedicado a su hermano, a presentar la pelela. La sala llena hasta los topes, concierto de fusión jazz-tango-klezmer y copa de vino para rematar el acto. La pelela en una vitrina.

Al segundo Congreso Gombrowicz, que se celebró el año pasado, Rosa María ya no asistió. La aquejaba una horrible enfermedad neurodegenerativa (¿por qué será que estas enfermedades tienen que afectar tanto a la gente inteligente, a la que no debería olvidar, a la que no deberíamos olvidar?). Yo insistí en visitarla en el PH al que se había mudado —habían vendido el departamento de Caballito—. Adrián me avisó: “No te va a reconocer”. Y, efectivamente, no me reconoció. Qué le vamos a hacer, no importa. Sí que tuvo en cambio unas palabras para Gombrowicz que no pienso desvelar aquí.



Las fotografías fueron tomadas por Robert Utkowski. Agradecemos la cesión de los derechos al Museo Gombrowicz de Wsola.